



Íconos. Revista de Ciencias Sociales
ISSN: 1390-1249
revistaiconos@flacso.org.ec
Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales
Ecuador

Ospina Peralta, Pablo
Gobierno global, poder imperial. A propósito de Imperio
Íconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 17, septiembre, 2003, pp. 40-50
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50901706>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Gobierno global, poder imperial

A propósito de *Imperio*

Pablo Ospina Peralta¹

Empecemos por el principio. A mediados de los setenta, Immanuel Wallerstein publicó el primer volumen de *El Sistema Mundial Moderno*. Una de las características más llamativas de su trabajo, especialmente de sus conclusiones, es su esfuerzo por vincular el debate sobre los orígenes del sistema mundial moderno en el largo siglo XVI, con el debate sobre el futuro del capitalismo y las razones de su sorprendente persistencia.

Según Wallerstein (1999:489-502) una de las principales razones por las cuales el capitalismo surgió en Europa y no en China fue la existencia de una pluralidad de estados en el seno de la economía-mundo europea. En China, por el contrario, un único imperio sofocaba cualquier ampliación autónoma del poder de los comerciantes. Por eso en Europa se pudieron producir alianzas parciales entre comerciantes locales -en busca de expansión mercantil- y estados -en busca de expansión territorial-. La pluralidad de los estados es importante no sólo al principio del capitalismo sino también al final. El capitalismo hubiera

sido no sólo imposible en la bruma original de un imperio-mundo, sino que a lo largo de su historia esa imposibilidad es uno de los secretos de su pervivencia. La pluralidad de unidades políticas en el seno de una economía mundo en expansión desvía la contestación social y crea una solidaridad económica entre los sectores dominantes que no tiene el contrapeso de una verdadera clase que se les oponga. Wallerstein llega a decir que el secreto de la pervivencia del capitalismo es que sólo existe una clase social: la dominante. Todas las economías-mundo anteriores se disolvieron o acabaron transformándose en imperios.

A fin de cuentas, si debiéramos resumirlo en una frase, *Imperio*, el libro de Hardt y Negri, es una poderosa reflexión sobre la hipótesis sugerida por Wallerstein. El objetivo de este ensayo es situar las propuestas de *Imperio* en el marco de dos de las principales discusiones en las cuales intervino: por un lado, la suerte que aguarda a los estados-nación en la nueva fase del capitalismo mundial, y por otro, las implicaciones de estrategia política que la nueva situación tiene para las fuerzas interesadas en derrocarlo.

Hay una dimensión de la tesis de estos autores que ha quedado excluida del análisis, aquella que podría llamarse “la fenomenología del poder imperial”; esto es, las nuevas formas en que la actual fase del capital resuelve el ejercicio del poder. El aspecto en que esta dimensión se integra con los dos temas que

¹ Investigador del Instituto de Estudios Ecuatorianos. Email: halcon6719@yahoo.es Las reflexiones que animan este artículo deben entenderse en el contexto provocado por la segunda guerra del golfo. La administración norteamericana ignoró al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y una poderosa movilización antibélica sacudió al mundo. Este ensayo debe comprenderse en esas coordenadas políticas.

trataremos específicamente en este ensayo es el largo análisis del proceso de transición hacia el Imperio. Entre los muchos vectores que habrían sufrido radicales desplazamientos con el paso de la soberanía moderna a la soberanía imperial se encuentran la noción de pueblo, de lugar, de dominio bio-político y la relación entre política y economía. Aunque se trata, por supuesto, de una dimensión integrada al argumento global del libro, me parece que es posible hacer abstracción de ella para los fines de esta exposición. Es posible, no obstante, que al excluirla del análisis estemos excluyendo algunos de los aspectos más polémicos y originales de la obra. Aquellos en los que se dejan entrever más radicalmente sus rupturas posmodernas y posestructuralistas. Cualquier trabajo breve está forzado a recorrer argumentos que son necesariamente más complejos y multifacéticos.

El Estado

El primer trabajo que teorizó sobre la idea de que el mundo vive una nueva fase del capitalismo fue el del economista marxista belga Ernst Mandel (1973) sobre el capitalismo tardío. Mandel suponía que a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo había acuñado una nueva forma de acumulación basada en el fordismo, en una intervención estatal incrementada y en la superación, al menos en las sociedades industrializadas, de prácticamente todas las formas relevantes de relaciones sociales no-capitalistas. La crisis de los años setenta cambió el consenso respecto a los hitos cronológicos de la fase tardía del capitalismo mundial. Tal vez el cambio más importante habría ocurrido precisamente en los años sesenta y setenta y no necesariamente veinticinco años antes.

El primer trabajo que intentó vincular esta nueva fase del capitalismo mundial con una nueva fase de la producción cultural fue el artículo de Fredric Jameson (1984) sobre el posmodernismo. Todos los críticos del arte contemporáneo habían captado una declina-

ción del modernismo durante el período posterior a la II Guerra Mundial y la extensión progresiva, pero abrumadora, del *posmodernismo* a partir de los años setenta del siglo XX. Para Jameson el posmodernismo es “la lógica cultural del capitalismo tardío”. El capitalismo tardío es entendido en términos económicos tal como fue formulado por Mandel. Lo que Jameson retoma esencialmente de éste es que en una sociedad de capitalismo tardío, todo vestigio de sociedades pre-capitalistas o no-capitalistas ha desapare-



cido para siempre. Sólo queda el mercado capitalista y su amplia panoplia de objetos de deseo aptos para satisfacer cualquier gusto. Junto a la desaparición de las relaciones que coexistían con el capitalismo moderno, desapareció también todo asomo de un mundo “natural” intocado por la mano del hombre. El posmodernismo responde en tanto corriente ideológica y artística, a esa época histórica y a ese contexto vital. David Harvey (1998 [1989], parte I y II, en especial cap. 9), siguiendo la senda abierta por Jameson de vincular el movimiento artístico a la economía, lo relacionó no con el capitalismo tardío,

sino con el paso del fordismo al posfordismo o la acumulación flexible en los años setenta y ofreció así una cronología más precisa del fenómeno cultural.

Negri y Hardt pretendieron dar un paso más en la caracterización de la época actual. Aceptan que el actual régimen de acumulación representa una era nueva en la economía. Aceptan que ese nuevo régimen tiene sus correlatos posmodernos en las artes y la cultura. Pero añaden que su emergencia implica nuevas formas jurídicas y nuevas estructuras políticas. A la nueva fase del capitalismo mundial debe corresponder una nueva forma de organización del sistema de gobierno -este es el argumento central del libro-². Las nuevas formas del poder corresponden a las nuevas formas de la economía y la cultura: organización en red, ubicuidad, descentramiento, internacionalización extremas³.

El *Imperio* ha sustituido al *imperialismo*. Mientras este último se basaba en la extensión internacional de la soberanía de los estados-nación, la soberanía imperial desborda esas formas políticas estatales. El capital transnacional ya no cabe en los moldes nacionales. Si el estado es, como decía Marx, la junta de accionistas del capitalista colectivo, que en más de una ocasión entra en conflicto con el capitalista individual, ¿qué estructura política será capaz de velar por los intereses del capitalista colectivo mundial? La tesis central de *Imperio* es que varias formas políticas y jurídicas transnacionales están tomando forma como resultado de los cambios en las estructuras de la producción del capitalismo mundial.

El libro otorga gran importancia a los cambios en la doctrina jurídica que preside la formación de las Naciones Unidas (Hardt y

Negri 2002, cap. 1). Esto se explica por la coyuntura en que se escribió la obra. Entre la primera guerra del Golfo y la guerra de Kosovo el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas virtualmente se convirtió en el parlamento mundial que votaba los créditos de legitimidad de las operaciones policiales del fin de la Guerra Fría. El contraste con los años anteriores es palmario: nunca antes las Naciones Unidas habían podido ponerse de acuerdo en una sola guerra (con la excepción relativa de Corea). Si Naciones Unidas se parece al parlamento, el G-7 se parece al ejecutivo mundial. Negri y Hardt (2002:294-297) demuestran que los fundamentos jurídicos del derecho transnacional que lo hace posible están ya en su lugar y que su forma específica será el resultado de luchas por venir.

Aquí conviene resaltar una tesis mal comprendida. Hardt y Negri jamás dicen que el estado desaparece. Tampoco que el estado ha sido “derrotado” por el capital y las empresas transnacionales, como erróneamente sostiene Borón (2003:13, ver también Borón 2002).

En realidad, no es adecuado decir que la fase contemporánea se caracteriza por la victoria de las empresas capitalistas sobre el estado. Aunque las compañías transnacionales y las redes globales de producción y circulación socavaron los poderes de los estados-nación, el estado continúa funcionando y los elementos constitucionales se han desplazado efectivamente a otros niveles y dominios (Hardt y Negri 2002:283).

La tesis es, pues, que los estados-nación ya no son suficiente garantía para el capitalista colectivo. El capitalismo contemporáneo entró en una fase en la que necesita “algo más”. ¿Cuáles son estos “otros” dominios y niveles que pueden proporcionarlo? Una forma de gobierno mundial, por supuesto. Hardt y Negri piensan que se está conformando una “constitución mixta” global que ellos representan en forma piramidal tripartita. En el vértice del poder, una superpotencia, los Estados Unidos, con la hegemonía del uso global de la fuerza. En ese mismo tercio del vér-

2 Para formulaciones directas, ver Hardt y Negri (2002:14, 25-26, 149, 237 y 295).

3 La idea de que un nuevo sistema de gobierno mundial debe emerger de la situación del capitalismo actual ya había sido anticipada por varios autores. Ver, por ejemplo, Giovanni Arrighi (1999:398 y 427), cuya formulación es más directa y en muchos sentidos más clara que la de Hardt y Negri.



Los estados-nación ya no son suficiente garantía para el capitalista colectivo. El capitalismo entró en una fase en la que necesita "algo más". ¿Cuáles son estos "otros" dominios y niveles que pueden proporcionarlo? Una forma de gobierno mundial, por supuesto. Según Hardt y Negri, una "constitución mixta" global.

tice, el grupo de los siete estados más poderosos de la tierra. Llamarán a esta sección de la constitución imperial, siguiendo a Polibio, la *monarquía*. En el segundo tercio, las empresas transnacionales que controlan el mercado mundial y el conjunto de estados-nación soberanos que funcionan como filtros de los flujos de circulación global y como reguladores de la articulación del mando global. Llamarán a esta sección de la constitución imperial, la *aristocracia*. Finalmente, el tercer tercio, el de la *democracia*, está formado por los estados-nación subordinados y las ONG y otras asociaciones que representan a las multitudes que no pueden incorporarse directamente a las estructuras del poder global (Hardt y Negri 2002:285-289). La constitución actual es mixta porque combina los estados-nación declinantes con la soberanía imperial emergente.

¿Qué pensar de semejante tesis? ¿Son suficientes y convincentes los indicios del surgimiento de un gobierno mundial? El derecho supra-nacional de Naciones Unidas constituye efectivamente una novedad desde el apareamiento del moderno sistema interestatal surgido en Westfalia en 1648. En el campo del comercio mundial existen indicios más poderosos, no recogidos por Hardt y Negri. Sin duda la autoridad sin precedentes del Tribunal de Apelaciones de la Organización Mundial del Comercio (OMC) es el ejemplo más descollante (Esserman y Howse 2003:171-183). Así mismo, pocos estarán en desacuerdo con la idea de que el rol de Naciones Unidas cambió con el fin de la Guerra Fría. Pero la idea usual es que reforzó el poder de los Estados Unidos en un mundo que se volvió uni-polar. La mayor parte de las críticas han tratado de mostrar que los estados nacionales siguen siendo importantes: el propio

Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial dependen de la fuerza que les otorgan los estados nacionales más poderosos del planeta. Las mismas empresas transnacionales se han beneficiado repetidamente de los apoyos de sus estados y siguen teniendo bases nacionales (ver por ejemplo Borón 2003:13-14).

Estas críticas no son concluyentes. *Imperio* apunta a una tendencia todavía no realizada enteramente. No se trata de saber cuánto las transnacionales necesitaron o necesitan todavía de los estados nacionales existentes, sino de saber si eso es suficiente hoy, y sobre todo mañana (si las tendencias actuales de internacionalización de la economía se mantienen y profundizan), para garantizar la protección de sus intereses globales de largo plazo. El debate sobre el papel actual de los estados nacionales no está clausurado, pero no parece sensato pensar que conserven las herramientas suficientes para controlar el movimiento del capital financiero o las políticas de producción e inversión de las empresas transnacionales. Tampoco parece sensato pensar que no tienen lugar alguno en el orden emergente. Nos hace falta intentar un enfoque más apropiado para examinar sus nuevas debilidades y sus viejas fortalezas.

La tesis de la emergencia de un orden político supra-nacional no puede ser sencillamente descartada. Hacerlo tal vez supondría un error análogo al error cometido por la izquierda comunista de inicios del siglo XX con la democracia liberal naciente en los estados nacionales capitalistas. A los ojos de Lenin, la democracia liberal era tan sólo una fachada falsa de un poder oculto, el de la burguesía y su verdadera dictadura. Una dictadura disfrazada (Lenin 1975 [1917]). Un diagnóstico análogo podría ser invocado en el caso de las instituciones que emergen del orden transna-

cional de la posguerra fría. Se trataría tan sólo de una fachada impotente para cubrir el poder verdadero, inmenso e indiscutido de los Estados Unidos. La fachada es una mera impostura. Pero la policía no puede ser confundida con el estado.

Llegamos así al doble terreno del verdadero debate. Por un lado, el posible papel de los actuales estados nacionales en la formación del nuevo gobierno mundial y, más específicamente, las transformaciones que el surgimiento de este nuevo poder imperial implicaría para el ejercicio de la hegemonía norteamericana.

Si un nuevo gobierno imperial está surgiendo, la fuerza esencial que lleva a su formación es sin duda una transformación en la dialéctica de la relación entre los estados nacionales y las agencias privadas que dominan la economía global⁴. Giovanni Arrighi (2000, 1999 y Arrighi y Silver 2001:14-17 y 279-282) nos ha provisto una buena manera de abordar el problema: hacer una comparación entre la relación actual de esas agencias económicas líderes de la expansión capitalista global (las empresas transnacionales) con sus estados nacionales y la relación que mantenían entre sí las agencias equivalentes y sus estados en los ciclos anteriores de acumulación mundial. La conclusión es que el imperio Británico, las Provincias Unidas y el imperio de los Habsburgo tenían con sus agencias capitalistas una dialéctica de captura de ganancias y de expansión territorial en la cual los respectivos estados terminaron imponiendo sus agendas en las grandes crisis que lo requirieron. La crisis de 1970, por el contrario, permitió contemplar cómo las empresas transnacionales abandonaron al estado norteamericano en su guerra de Indochina e iniciaron la más espectacular fuga de capitales que recuerde la historia financiera mundial. No fue la única en la historia, pero mostraría cuán poco control podían llegar a tener los estados nacionales sobre empresas que habían supera-

do todo precedente en tamaño, poder y autonomía. La vacilante historia monetaria norteamericana desde 1974 en adelante puede verse, desde esta óptica, como una serie de intentos por controlar el mercado de eurodivisas, de preservar el rol del dólar en un contexto que lo debilitaba y como repetidas alianzas con el poder financiero que se escapaba de sus manos (Arrighi 1999:383-385). En opinión de Arrighi esto no lleva a una decadencia irremediable y absoluta de los estados nacionales, sino a una confirmación más del proceso de transformación que estamos viendo en las hegemonías mundiales, que ha disociado, como ocurrió en tiempos del “siglo de Génova” (XVI y XVII), por un lado al poder financiero, ahora cada vez más albergado en el archipiélago capitalista del sudeste asiático, y por otro a un poder militar indiscutido, cuya sede se encuentra en los Estados Unidos. No obstante Arrighi piensa, como Hardt y Negri, que la actual fase de acumulación capitalista necesita, cada vez más, el equivalente de un gobierno mundial.

¿Cómo entender el papel de los Estados Unidos en este nuevo gobierno mundial emergente? Aunque los Estados Unidos tengan en él un papel hegemónico indiscutible, ese sistema no puede ser reducido al poder de la potencia hegemónica. El verdadero problema a dilucidar es, pues, la naturaleza y las tendencias de la hegemonía mundial norteamericana, el más poderoso estado nacional sobre la tierra. La fuerza militar norteamericana necesita también el consenso, ser dominante pero ser también dirigente. Esa hegemonía, necesariamente basada en su poder económico y apoyada por sus enormes medios de producción cultural, es todavía inmensa (una excelente explicación en Anderson 2002, sección 8). Aunque Hardt y Negri aceptan el papel privilegiado de los Estados Unidos en el orden imperial emergente, casi todo su esfuerzo de argumentación se dirige a mostrar que el *Imperio* no puede identificarse con ningún estado nacional particular, ni siquiera con el que mejor lo prefiguró en su historia constitucional (Hardt y Negri 2002, cap. 8, especialmente 41-44).

4 Es lo que Hardt y Negri (2002:299-304), de forma innecesariamente oscura, analizan como la tensión entre la “inmanencia” del capital y la “trascendencia” de la soberanía moderna.

Este énfasis desmedido deja de lado lo que en realidad parece ser un factor decisivo en la constitución imperial. Me refiero a la resistencia del aparato imperialista norteamericano a renunciar a su hegemonía mundial incontestada y a su completa libertad de acción política y militar (la segunda Guerra del Golfo, por supuesto, volvió este problema más evidente). *Imperio* resalta excesivamente la congruencia entre la historia constitucional norteamericana y la formación imperial. Pero, los Estados Unidos no son sólo una prefiguración del Imperio, son también un estado nacional. Tal vez la ausencia más llamativa del estudio de Hardt y Negri no sea realmente la falta de un análisis de las empresas transnacionales, sino, por el contrario, la carencia de una perspectiva propia sobre las relaciones inter-estatales luego del fin de la Guerra Fría. Su aparato conceptual, que acentúa las rupturas con la soberanía moderna, sin resaltar las continuidades, lo inhibe. Las tensiones decisivas en el orden político emergente pueden no ser las que oponen las multitudes a las empresas capitalistas, sino las que separan un orden imperial global y un poder hegemónico surgido de las entrañas de una época anterior.

Las fuerzas sociales

Uno de los más célebres debates marxistas de inicios de siglo y uno de los más llenos de consecuencias políticas, fue el que opuso a la emergente izquierda comunista y a la izquierda social-demócrata respecto al surgimiento del imperialismo. Lenin en un campo, Kautsky en el otro. Kautsky creía que la integración económica de grandes *trusts* transnacionales anunciaba una época nueva del capitalismo en la que las contradicciones interestatales y los nacionalismos burgueses autodestructivos llegarían a su fin. Se estaba imponiendo una comunidad de intereses capitalistas mundiales que anunciaba el fin de las guerras inter-burguesas. Kautsky llamó a ese período “ultra-imperialismo”. Lenin, por su parte, consideró utópicas y perniciosas las

ideas de Kautsky. Una guerra estaba a punto de estallar, la más destructiva jamás conocida, en la cual las rivalidades neocoloniales eran ampliamente conocidas y estaban en la base del conflicto. No se podía hablar de paz capitalista del futuro con semejante guerra entre manos. El enfrentamiento contra el conflicto presente no podía postergarse por un futuro pacífico meramente “concebible”. El imperialismo anunciaba, por el contrario, la agudización de los conflictos interestatales, de la rapiña colonial y de las guerras. De hecho, la teoría del imperialismo surgió, a inicios del siglo XX, como un audaz intento por explicar la terrible guerra que estalló entre poderosos estados capitalistas⁵.

En lo inmediato Lenin tuvo la razón. La primera mitad del siglo XX no conoce parangón en la tenebrosa historia de odios, muerte y destrucción humana. Pero terminada la II Guerra Mundial pareció apoderarse del mundo capitalista desarrollado “algo parecido” al ultra-imperialismo de Kautsky. Definitivamente, si las burguesías del presente son nacionales no lo son del mismo modo que en 1914. Para Lenin (1984:28), como para Bujarin, la posibilidad de un futuro como el previsto por Kautsky era perfectamente concebible, era incluso una tendencia firmemente establecida: “No hay duda de que el desarrollo marcha en dirección a un único *trust* mundial, que devorará todas las empresas y todos los estados sin excepción”. No son Hardt y Negri los que hablan, sino Lenin. Pero las contradicciones, conflictos y conmociones que deberían superarse para que esta tendencia se realizara eran tales que antes de ello el imperialismo estallaría en mil pedazos y el capitalismo sería sustituido por su contrario. La profecía de Lenin no se cumplió, pero no puede acusarse al movimiento comunista de inicios de siglo de no haber realizado heroicos intentos para cumplirla.

5 El debate entre Kautsky y Lenin ha sido retomado innumerables veces en la discusión reciente; algunos ejemplos en Arrighi (1999:195-211), Arrighi (1978:15-28), Anderson (2002, sección 7), Hardt y Negri (2002:215-220). Todos estos autores sitúan el debate en el marco más amplio de los trabajos de Hobson y Hilferding.



¿Qué pensar de las fuerzas sociales que llevarán adelante la transformación del orden imperial? Es una concepción que al sobrevalorar el poder de los explotados, clausura una comprensión adecuada de la existencia misma del orden de la dominación.
¿No se subestima la capacidad de cooptación y la flexibilidad del capitalismo?

Luego de la II Guerra Mundial se perdió el componente básico de la teorización clásica del imperialismo: el aumento de la disputa inter-imperialista entre estados avanzados que conduce a una guerra permanente. El mismo dominio del capital financiero vivió un paréntesis de más de tres décadas. Se inició, además, un período de emancipación política en los viejos territorios coloniales de África y Asia y la Guerra Fría facilitó el inicio de una fase de acuerdo interestatal entre las principales potencias capitalistas del mundo. Giovanni Arrighi (2000:1) llega a decir que la palabra “imperialismo” se convirtió entonces en una fuente de confusiones teóricas al desligarse de las principales características que condujeron a su acuñación (ver Arrighi 1978). Existe una cierta analogía histórica. La segunda mitad del siglo XX inauguró una época de *pax americana* similar a la *pax britannica* que libró a Europa de guerras en su territorio durante un siglo entre 1815 y 1914. Por supuesto, estos períodos no liberaron al mundo de la guerra. Todo lo contrario. Operó, más bien, un parecido desplazamiento geográfico de la rivalidad armada hacia la periferia. Si el ciclo norteamericano tuviera que culminar tal como culminaron todos los anteriores, deberíamos esperar las guerras más cruentas de la historia. Es por ello que Arrighi concluye su libro sobre el largo siglo XX afirmando la tétrica posibilidad de que el fin del último ciclo sistémico de acumulación anuncie también el fin de toda la humanidad (1994:428-429).

Pero la teoría del imperialismo fue trascendental en una forma que Arrighi no llega a mencionar. Hardt y Negri entienden mejor este deslizamiento conceptual y el contexto en el que la palabra encontró su sentido. De hecho, entran en polémica con él. Me refiero al contexto político nuevo en el que la punta

de lanza de las luchas anticapitalistas se desplazó al Tercer Mundo. La idea del imperialismo fue la fuente esencial de sentido de la corriente del nacionalismo revolucionario que sacudió el mundo desde el fin de la II Guerra Mundial hasta el fin de la Guerra Fría. Imperialismo y nacionalismo revolucionario tercermundista no pueden desligarse. El contenido político y afectivo de una palabra llena de resonancias magnéticas no puede descartarse fácilmente.

Perry Anderson (2002a:7-22) ha mostrado recientemente una interesante interpretación de la dialéctica entre el nacionalismo y el internacionalismo en las luchas sociales del siglo XX. Mientras a inicios de siglo las fuerzas de la izquierda eran consistentemente internacionales y las burguesías europeas estaban ancladas en un visceral nacionalismo que llevaría a las locuras extremas de las dos guerras mundiales y del nazismo, a partir del fin de la segunda posguerra, las cosas se invirtieron. Desde entonces el capital reconocería con mayor claridad su solidaridad internacional en el contexto de la Guerra Fría; mientras la voz de orden de las luchas de la izquierda fue la independencia y la libertad nacional y popular de los países del Tercer Mundo. El nacionalismo engarzó entonces con el anti-imperialismo.

A mi juicio, el sentido político del ataque de Hardt y Negri (2002:107-113, 209-22, 232-234 y 307-308) tanto al imperialismo como al nacionalismo se entienden en ese registro. Al postular el paso del imperialismo al Imperio lo que estos autores están planteando es la inadecuación actual de cualquier estrategia nacionalista para enfrentar la presente fase del capitalismo global. En su opinión las funciones progresistas del nacionalismo subalterno (es decir, tercermundista) siempre se combinaron con la reafirmación de poderosas estructu-

ras de dominación interna. El carácter progresista del nacionalismo termina apenas conquistado el estado porque entonces se ve conquistado por la lógica de la soberanía: “Desde la India hasta Argelia y desde Cuba hasta Vietnam, *el estado es el regalo envenenado de la liberación nacional*” (2002:131, énfasis agregado).

Me parece que este sustrato de debate político sobre el nacionalismo también se encuentra en la base de la insistencia de Borón (2002 y 2003) en mantener la palabra. Es como si a Borón le pareciera que al sustituir la noción de imperialismo por la de Imperio se pretendiera borrar o moderar la denuncia de las injusticias de un mundo marcado por la dominación, la desigualdad regional y la explotación. La insistencia de Hardt y Negri en que ya no existe el Tercer Mundo (o el lugar) puede, en efecto, fácilmente confundirse con una negación de la trágica polarización que divide al mundo y que se profundiza agónicamente. Basta comparar los trabajos de Samir Amin con el de Hardt y Negri para identificar dos distintos énfasis en la polarización del capitalismo mundial. No es lo mismo escribir desde Dakar que desde París.

En un plano más profundo, lo que ocurre en realidad es que la izquierda latinoamericana luchó largamente por entender las implicaciones políticas revolucionarias del nacionalismo. Más específicamente, en Argentina, el desencuentro entre la izquierda y el nacionalismo revolucionario conforma la más seria tragedia política del siglo XX. Borón se indigna contra la incompreensión de los procesos revolucionarios del Sur que debieron (y deben todavía) bregar contra la agresión imperialista. La crítica se sostiene, pero el sentido del argumento es otro: lo que estos autores están haciendo es exigir un nuevo internacionalismo. Enclaustrarse en las fronteras nacionales para defenderse no tiene futuro. El terreno de la verdadera disputa está en otro lado; es el de la lucha por la constitución (más o menos) democrática del nuevo gobierno imperial. La superación del capitalismo será mundial o no será. Oponer el pasado al futuro nunca fue una estrategia comunista.

Pero existe otra implicación en la tesis del paso del imperialismo al Imperio. Esta se relaciona, otra vez, directamente, con las tesis de Wallerstein. Recordemos que un Imperio es una forma política única, mientras la clave de la persistencia de la economía-mundo capitalista fue su división en múltiples unidades políticas que hacían imposible su contestación unificada. La continuidad es clara. Hardt y Negri piensan que la forma política emergente del capitalismo actual deriva hacia un Imperio, es decir, implica su decadencia o corrupción (Hardt y Negri (2002:337). Se diluye la condición que había preservado su existencia. La vena profética del texto adquiere entonces todo su encanto. Junto al nuevo orden global, emerge el anuncio de su superación. Si el Imperio llega a su fin, ello depende de una multitud tan internacionalizada como su enemigo.

En realidad, es aquí donde aparecen los aspectos más débiles de la propuesta profética y política de Hardt y Negri. Gopal Balakrishnan (2000:146) ha rastreado el origen intelectual de la noción de multitud en los escritos tempranos de Toni Negri. En los setenta, Negri había llegado a la conclusión que la clase obrera industrial perdió su papel central en cualquier proyecto de transformación social. En su lugar acudió a una convocatoria a fuerzas volátiles, difusas e indiferenciadas que actuarían sin un orden organizativo o una estrategia política específica que pudiera centralizarlas y dirigirlas, es decir, domesticarlas. Al límite del argumento, las multitudes son las que controlan el cambio social. En la concepción de Negri y Hardt son siempre las movilizaciones del proletariado y sus resistencias a la explotación la fuente originaria de las transformaciones sociales y económicas. No hay espacio para “ciclos” o lógicas de expansión del capital ajenas a la lucha social⁶.

La relación entre conciencia y acción de la multitud, entre espontaneidad y dirección consciente no es simplista, en modo alguno,

6 Hay innumerables pasajes donde se sostiene esta posición: la más directa es su crítica a los “ciclos” de Braudel y Arrighi (2002:222-224).

en el texto de Hardt y Negri. Sin embargo, la forma en que se trata empíricamente esta relación a lo largo del libro no puede ser identificada con ninguna idea convencional de acción conscientemente dirigida a un fin. La multitud parece tener algo así como una intuición o un “deseo de liberación” que guía sus acciones (Hardt y Negri 2002:206, 236). Probablemente la imagen más apropiada para representar su idea de esta relación tal vez podría formularse a la manera de William Morris: “Examiné todas estas cosas, y cómo los hombres luchan y pierden la batalla, y aquello por lo que lucharon tiene lugar pese a su derrota, y cuando llega resulta ser distinto a lo que ellos proponían bajo otro nombre”⁷.

Así, el orden posfordista surgió imprevisiblemente de la rebelión de multitudes anónimas, especialmente de jóvenes que exigieron flexibilidad, movilidad, comunicación y cooperación:

La juventud que rechazaba la repetición narcótica de la sociedad-fábrica, inventaba nuevas formas de movilidad y flexibilidad, nuevos estilos de vida. Los movimientos estudiantiles obligaron a dar un alto valor social al conocimiento y al trabajo intelectual. Los movimientos feministas que subrayaron el contenido político de las relaciones “personales” y repudiaron la disciplina patriarcal (...) Toda la gama de movimientos y toda la contracultura emergente destacaba el valor social de la cooperación y la comunicación (...) [Todos] los indicadores de valor de todos estos movimientos -la movilidad, la flexibilidad, el conocimiento, la comunicación, la cooperación y lo afectivo- terminarían por definir la transformación de la producción capitalista de las décadas siguientes (Hardt y Negri 2002:255).

Esto explica la fuerza casi metafísica que ambos autores otorgan a esa multitud cuya acción conformó el Imperio y lo destruirá. La tarea histórica de la multitud, superar al Imperio, no se cumplirá en la forma clásica ima-

ginada por los primeros marxistas, es decir, por la fuerza de sus organizaciones y de su actividad conscientemente orientada a un fin político previamente definido. Su insurgencia contra el Imperio nacerá de su práctica diaria de resistencia, de su deseo de liberación, tal como sus luchas del pasado prefiguraron el orden actual.

Consecuente con esta idea optimista de una primavera espontánea de las multitudes, ¿cuáles serán los “nuevos bárbaros”, las nuevas “hordas” que destruirán el Imperio? Las indicaciones más directas al respecto son, sin embargo, elusivas. Hardt y Negri (2002:195-206) sólo mencionan a los migrantes y a los jóvenes *punk* que se pintan el cuerpo y lo agujerean retomando un control que les es negado. Pero esas manifestaciones espontáneas son todavía insuficientes para vencer al enemigo. No obstante, “un fantasma recorre el mundo y es el fantasma de la migración” (Hardt y Negri 2002:202). ¿De dónde viene semejante idea, casi extravagante?

El orden imperial actual se basa en una mundialización de dos factores de la producción: el capital y las mercancías. Pero la principal mercancía, la que es a su vez productora de mercancías, la fuerza de trabajo, sigue férreamente controlada nacionalmente. Los países capitalistas avanzados necesitan mano de obra no-calificada, pero la repelen. Impiden su llegada. ¿Es esto una casualidad? ¿Un error de cálculo? El debate alrededor de este tema ha sido muy amplio: ¿una simple forma de rebajar costos de la fuerza de trabajo o un desafío a la diferencia de salarios entre el Primer Mundo y los otros mundos? Desde ese debate, la migración se presenta para Negri y Hardt, como una rebelión contra el orden imperial porque ataca directamente sus medidas represivas centrales y porque expresa el deseo de libertad y movilidad. Con su éxodo espacial, las multitudes exigen la internacionalización completa de las energías humanas y, al hacerlo, desmontan la sociedad de control nacida de la crisis del fordismo, esa forma económica de la sociedad disciplinaria. Pero en este punto, el argumento pierde coheren-

7 Con una traducción ligeramente diferente, esta frase figura en el epígrafe general del libro.

cia. Internacionalizar la mano de obra parece más bien la culminación del proceso de superación del régimen disciplinario anterior, antes que una rebelión contra la sociedad global de control nacida de su seno⁸.

Por todo esto, la consigna del primer programa que supere al Imperio es la de la “ciudadanía global”: papeles para todos, es decir, derecho no sólo a trabajar legalmente, sino a votar, elegir y ser elegidos en cualquier parte del mundo (Hardt y Negri 2002:360-363). Es como si las luchas sociales de los sesenta que dieron origen inadvertidamente al orden posfordista, volvieran a aparecer como una lucha por barrer con las fronteras nacionales y forzar así la constitución democrática del nuevo gobierno mundial.

La consigna de la ciudadanía global parece efectivamente impensable para el orden económico y político del mundo actual. Pero ¿es suficiente? Cuando se piensa que las multitudes espontáneas transforman el orden mundial con su actividad dispersa e inorgánica, puede ser. Pero ¿qué orden alternativo puede prefigurarse sin la voluntad social organizada y consciente? ¿Cómo se organizará semejante orden nuevo surgido de la decadencia del Imperio del capital? Ningún análisis de organizaciones existentes, ni siquiera de las ONG mencionadas a propósito de la democracia en la constitución imperial, ni de los movimientos emergentes, completa este análisis de la amorfa multitud. Es cierto que las organizaciones tradicionales de los sectores subalternos están en crisis, pero por momentos Negri y Hardt parecen presos de una idea nacida del fracaso de las experiencias socialistas del pasado: todo intento de centralización de la voluntad política y de organización consciente de la contestación anuncia su cooptación por las fuerzas impersonales y ubicuas del poder. Ese es el verdadero fantasma que los acosa. Las fuerzas creativas de la

multitud son espontáneamente revolucionarias y nos llevan hacia un orden mejor si se las deja *ser* libremente. *Let it be!!!*

Recapitulación y perspectivas

El actual debate neomarxista sobre la globalización es con seguridad la más importante discusión de caracterización socioeconómica y estrategia política desde la década de los años treinta del siglo pasado. El libro de Antonio Negri y Michael Hardt es tal vez la expresión más apasionada y cautivante de este debate. Pero es fácil dejarse llevar por su “éxtasis teórico” y perder de vista un análisis más sereno de las fuerzas contendientes en la situación actual⁹.

¿Qué lugar está reservado para los estados nacionales en el orden imperial futuro? La propuesta de que algún tipo de gobierno político supra-nacional es hoy en día necesario para preservar el orden capitalista mundial y para garantizar el interés del capitalista colectivo, me parece convincente. Pero sus vacilaciones a considerar un rol decisivo a los estados nacionales en su proceso de conformación y en el tejido de su red de poder futuro, me parecen excesivas. El argumento de *Imperio* olvida la importancia creciente de los estados nacionales en los países del sudeste asiático, como apunta Arrighi. Asimismo, aunque ciertamente una reacción de enclaustramiento nacionalista en el Tercer Mundo no es la mejor forma de enfrentar el orden transnacional de la globalización, no se puede olvidar su importancia decisiva en la posible formación de bloques regionales que tal vez sí tengan mayor impacto en la resistencia y en la formación de un orden multipolar alternativo. Semejantes bloques caen fuera de un análisis cuyas únicas alternativas oscilan entre lo crudamente nacional y lo abiertamente mundial.

Por último, ¿qué pensar de su concepción de las fuerzas sociales que llevarán adelante la

8 Sobre el New Deal como origen del régimen disciplinario, ver Hardt y Negri (2002:226-227), y sobre su superación por la “sociedad global de control”, ver pp. 253-257 y cap. 15.

9 Gophal Balakrishnan (2000: 148) usó la expresión en su reseña del libro.

transformación del orden imperial? Atilio Borón expresó de mejor manera la crítica: se trata de una concepción que al sobrevalorar el poder de los explotados en la relación con los dominadores, clausura una comprensión adecuada de la existencia misma del orden de la dominación. Es difícil aceptar la idea de que extremando la movilidad espacial de la mano de obra, por sí sola, o combinada con estrategias de recuperación de los cuerpos enajenados por el capitalismo, se destruiría el orden imperial y se instauraría uno nuevo. Hay, en la obra de Negri y Hardt, poco espacio para el análisis de las fortalezas del actual régimen capitalista de acumulación. ¿No se subestima la capacidad de cooptación y la flexibilidad del capitalismo? ¿No fueron acaso, precisamente, los migrantes en busca de legalizar sus papeles los más entusiastas voluntarios en la segunda guerra del golfo?

No sólo falta un sereno reconocimiento de las relaciones de fuerza entre los adversarios. Además de eso, la enérgica convocatoria a la militancia carece de una caracterización de los escenarios futuros. ¿Es la decadencia del Imperio inmanente a su surgimiento, como dicen Negri y Hardt siguiendo los pasos de Wallerstein? ¿No hay otra opción? El estudio del largo plazo que nos proporciona Giovanni Arrighi (1999:397-399 y 426-429) recuerda que las tendencias seculares de crecimiento del poder, extensión y amplitud de los ciclos sistémicos de acumulación probablemente estén llegando a límites físicos y económicos. Arrighi termina su libro sugiriendo la tenebrosa posibilidad del fin de la humanidad ¿Puede el próximo ciclo realmente ampliarse más? ¿Hacia dónde?

En los años ochenta circulaba un rumor. Para salir de la crisis económica de los setenta habría que ampliar el poder de compra de los trabajadores del Tercer Mundo tal como en los años treinta se amplió la capacidad de compra de los trabajadores del Primer Mundo. Parece ser tan sólo la cándida reedición del sueño utópico del *New Deal ampliado* que murió con Roosevelt. Sin embargo, la disolución del imperio soviético tal vez ofrece una oportuni-

dad más realista de una nueva fase de expansión capitalista en el este de Europa. El proceso se hace lentamente y no significa un resultado unívoco, como lo prueba la infinita serie de problemas económicos que ha comportado la reunificación alemana. Pero la oportunidad no puede descartarse. Es sólo un ejemplo de los muchos escenarios posibles en un orden mundial que, por encima del optimismo de la voluntad o de las oscuras anticipaciones del horror, no tiene todavía tallado su epitafio.

Bibliografía

- Anderson, Perry, 2002, "Force and Consent", en *New Left Review*, No. 17, septiembre-octubre.
- , 2002a, "Internacionalismo: un breviario", en *New Left Review*, No. 14, AKAL, Madrid, mayo-junio.
- Arrighi, Giovanni, 1978, *La geometría del imperialismo*, Siglo XXI, México.
- , 1999 [1994], *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, AKAL, Madrid.
- , 2000, "Globalization and Historical Macrosociology", en J. Abu-Lughod (ed.), *Sociology for the Twenty – First Century. Continuities and Cutting Edges*, Chicago University Press, Chicago.
- Arrighi, Giovanni y Beverly Silver, editores, 2001 [1999], *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, AKAL, Madrid.
- Balakrishnan, Gopal, 2000, "Virgilian Visions", en *New Left Review*, No. 5, septiembre-octubre.
- Borón, Atilio, 2002, *Imperio & Imperialismo*, CLACSO, Buenos Aires.
- , 2003, "Imperio: dos tesis equivocadas", en *Memoria. Revista mensual de Política y Cultura*, No. 167, CEMOS, México, enero.
- Esserman, Susan y Robert Howse, 2003, *La OMC a prueba*, en *Foreign Affairs en Español*, Vol 3. No. 2, abril-junio.
- Hardt, Michael y Antonio Negri 2002 [2000]. *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, Barcelona, México.
- Harvey, David, 1998 [1989], *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Jameson, Fredric, 1984, *Postmodernism or the Cultural Logic of Late Capitalism*, New Left Review, New Left Books, Londres.
- Lenin, Vladimir, 1975 [1917], "El Estado y la Revolución", en *Obras Escogidas*, AKAL, Madrid.
- , 1984 [1915], "Prólogo", en A. N. Bujarin, *La economía mundial y el imperialismo*, Cuadernos de Pasado y Presente 21, México.
- Mandel, Ernest, 1973, *El capitalismo tardío*, Editorial Era, México.
- Wallerstein, Immanuel, 1999 [1974], *El moderno sistema mundial*, Siglo XXI, México.